

Testimonios pictóricos. La responsable artística del Museo Carmen Thyssen analiza la vida y la obra de George Catlin, uno de los pintores que se adentraron en las grandes praderas americanas comprendiendo que, con el avance de la cultura occidental, el mundo indígena estaba destinado a sucumbir y ellos eran los testigos del crepúsculo de una cultura milenaria, la que refleja la muestra «La ilusión del Lejano Oeste»

Antes de ser borrados por el viento

► Estas obras fueron creadas para dar a conocer una cultura a partir de un testimonio nacido del respeto y la admiración

Lourdes Moreno

DIRECTORA ARTÍSTICA DEL MUSEO CARMEN THYSSEN

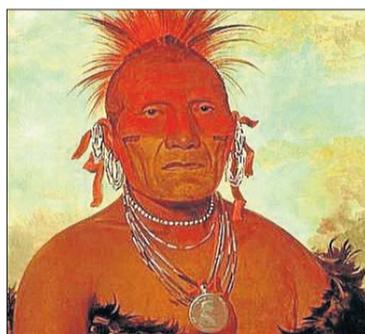
■ Cuando uno imagina a un pintor trabajando, pronto viene a la memoria la imagen del artista en un estudio desordenado, lleno de cuadros y lienzos por doquier, a la manera de **Picasso**. También toma forma en nuestra mente la escena del pintor en la naturaleza, intentando captar el instante fugaz en que todo parece cambiar, en este caso los más conocidos son los impresionistas, liderados, pongamos por caso, por **Monet**. En menos ocasiones imaginamos al pintor corriendo peligros por atrapar un momento histórico que sabe único. Pensamos entonces en el artista como corresponsal o reportero de guerra, como podría ser **Mariano Fortuny** en el norte de África, o, en el caso que nos ocupa, de los pintores que se adentraron en las grandes praderas americanas comprendiendo que, con el avance de la cultura occidental, el mundo indígena estaba destinado a sucumbir y ellos eran los testigos directos y únicos del crepúsculo de una cultura milenaria.

En la exposición *La ilusión del Lejano Oeste*, en el Museo Carmen Thyssen, se encuentran obras de pintores que cumplen con este compromiso en sus creaciones. **George Catlin** tuvo una breve carrera como abogado y como periodista para después dedicarse a la pintura. En sus recuerdos, el mundo de los indios era amable y cercano. Sumadre, **Polly**, había sido raptada por los indios, y una vez liberada contaba numerosas historias sobre aquel episodio. La primera experiencia personal del pintor con los indios sucedió siendo éste muy joven, a la edad de nueve años. En los bosques del sur de Nueva York se encontró en 1805 con un indio Oneida, perteneciente a una de las cinco tribus que formó más tarde la confederación iroquesa. Aquel encuentro cambió su vida.

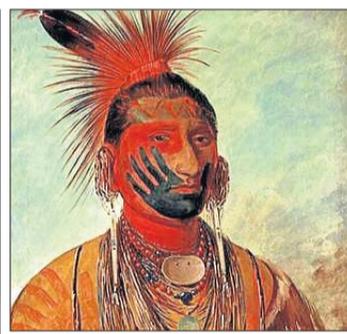
Catlin comenzó a realizar obras con temática indígena hacia 1823, y decidió recoger el patrimonio de los nativos en 1832, cuando presenció una delegación de indios pasando por Filadelfia en su camino hacia Washington. Este momento supuso para el pintor la visión de un pueblo que mantenía un vínculo especial con su medio natural. Él les llamó los «señores de los bosques». Caminaban en silencio y «plenos de estoica dignidad», según su propia descripción. Desde entonces dedicó su pintura a la temática indígena y por ex-



tensión al Lejano Oeste, siendo pionero en tratar este asunto. La decisión del artista fue visitar sus tierras y dar a conocer su cultura, como un testimonio nacido del respeto y la admiración por los indios en un tiempo convulso, pues sólo unos años antes, en 1830, el Congreso de los Estados Unidos había aprobado la ley del Indian Removal Act, exigiendo a los indios del sudeste que se reasentasen en las orillas del oeste del Mississippi. Esta inmensa emigración forzada, a la que muchas tribus se sometieron de forma pacífica y otras mostraron resistencia, junto a las epidemias de nuevas enfermedades, incursiones de cazadores, mineros, exploradores y colonos creó una agónica y trágica presión sobre el pueblo. Catlin lo recogió en su obra, entendiendo que estaba representando el ocaso de una forma de vida. Durante ocho años viajó por el río Mississippi, recorriendo desde las remotas áreas de North Dakota hasta Oklahoma, y pintando más de cincuenta tribus y naciones diferentes, sioux, kickapoo, comanches... todos con sus trajes típicos y sus costumbres, pero sin olvidar sus rasgos individuales. Realizó numerosos retratos, escenas de caza y ceremonias, pero también paisajes. Uno de ellos, *Las cataratas de San Antonio*, 1871, pertenece a la Colección del Museo Thyssen-Bornemisza. No se trata de la primera imagen de este escenario que realizó el pintor, pues durante el verano de 1835, cuando visitaba Fort Snelling, ya había realizado un primer boceto. Se conocen de este tema al menos cuatro trabajos. En el cuadro de la Colección Thyssen, que presenta una amplia panorámica, el



Arriba, «El rastro perdido», de Charles Wimar, una de las piezas de «La ilusión del lejano oeste»; sobre estas líneas, dos de los cuadros de George Catlin incluidos en la muestra. MUSEO CARMEN THYSSEN MÁLAGA



«En los recuerdos de Catlin, el mundo de los indios era amable y cercano»

«Durante ocho años viajó por el Mississippi, pintando más de cincuenta tribus y naciones diferentes»

«Charles Baudelaire se deshizo en elogios en su crítica de la obra del pintor americano»

autor ha introducido una vista costumbrista con dos indios, un hombre y una mujer, que traen en sus manos pescado del río.

Catlin deseaba que su *Galería de Indios* fuera adquirida por el gobierno de los Estados Unidos, para guardar la memoria de las tribus y las formas de vida que estaban desapareciendo. No obtuvo la respuesta esperada y tras organizar la primera representación del Salvaje Oeste y presentarlo en ciudades del este y de Europa se arruinó. Un industrial pagó sus deudas y adquirió la galería que fue donada, tras su muerte, al Smithsonian Institute, en 1879.

Charles Baudelaire, uno de los críticos artísticos más brillantes e independientes de su tiempo, se sintió atraído por la obra de Catlin y se deshizo en elogios en su crítica del Salon de París en 1846: «El gran artista será aquel que una a la condición exigida de la ingenuidad un máximo de romanticismo». El pintor americano aunaba características de la pintura de este movimiento junto a la visión de la forma de vida de los pueblos in-

dígenas. En su obra pervivía «lo eterno y lo transitorio», pilares del arte según el crítico.

Karl Bodmer, nacido en Zúrich en 1809, fue otro de los autores que dedicaron una especial atención a los indios, en las mismas fechas en que lo hiciera Catlin. Conoció al príncipe **Maximilian zu Wied-Neuwied** en Coblenza, a orillas del Rin, quien era además un reputado explorador, etnólogo y naturalista. Con él viajó hasta los Estados Unidos de América, desde 1832 hasta 1834, acompañados por el cazador y taxidermista **David Dreidoppel**. Después de sufrir varios retrasos en el viaje, se adentraron hacia el oeste a través del río Missouri y llegaron a Fort Clark, cerca de la zona donde habitaban los mandan, en un área de la que hoy sólo quedan restos arqueológicos. Su amplísima galería de indios, representados con todo lujo de detalles y con gran dignidad, sirvió como fuente de inspiración para otros autores que también trataron el asunto del Oeste, como **Charles Wimar**. Para ilustrar el libro que escribió el príncipe Maximilian, *Wied's Travels in the Interior of North America* (1839-1841), Bodmer realizó ochenta y una estampas, muchas de las cuales pueden verse en esta exposición.

Antes de ser borrados por el viento, como ocurría con el rastro de los animales en las Grandes Llanuras, ambos pintores decidieron dejar constancia de la impronta de estos pueblos. Y gracias a que decidieron realizar aquella labor, conocemos hoy sus rostros y tradiciones, y se mantiene su recuerdo alejado de la noche del olvido.